



















posibilidades y que acabaría mirado con sarcasmo, reducido a una chusca bobada más apta como parque infantil que para espolear la carrera de un creador de espacios públicos. Marta me calmaba, todo irá bien, me repetía, ya verás, y aquel primer día en la ciudad estuvo cariñosa y atenta conmigo.

A poco de llegar paseamos por el pabellón Gasteig y recorrimos las candidaturas exhibidas en un escueto mosaico de fotografías a color. Marta pensaba que nuestro proyecto tenía muchas posibilidades. Yo pensaba que engrosábamos la mediocridad general de los contendientes. Había un parque hecho con basuras, un jardín acuático, un rincón de artistas plásticos, un espacio recreativo infantil. A éste le falta un gnomo de escayola, bromeé. Marta me golpeó el brazo y miró alrededor con la esperanza de que nadie hubiera oído mi comentario despreciativo.

Por la noche quise hacer el amor. Nuestra cama de matrimonio tenía dos edredones individuales en lugar de uno grande y compartido. Ese hallazgo resultaba práctico. Mira qué buena idea para que las parejas no se roben la manta el uno al otro o para que cada uno resuelva su temperatura ideal para dormir. Esa racionalidad, que identificaba con el carácter alemán, era la que me aterrorizaba al pensar en la presentación del día siguiente. Mi propuesta era jugetona, casi frívola, más emocional que científica.

Marta no quiso hacer el amor. Estaba cansada del largo paseo que habíamos dado por la ciudad